



# Alessandro Baricco

## Hacia el lado íntimo de la literatura

Rosa Berbel ([www.culturamas.es](http://www.culturamas.es))

Su estilo ha sido retratado, en ocasiones, como exageradamente sutil, una exasperante apología a lo naïf. Por otro lado, ha logrado erigirse como un claro referente del modelo de creación contemporánea, al haber rasgado la estructura primaria de la novela para idear una hilera de imágenes y emociones perfectamente conjugadas. Pero, ¿cómo es realmente la literatura de Baricco?

*"Era uno de esos hombres que prefieren asistir a su propia vida y consideran impropio cualquier aspiración de vivirla. Contemplaba su destino de la misma forma en la que la mayoría acostumbra a contemplar un día de lluvia. (Seda, 1996)"*

Nacido en Turín en 1958, Alessandro Baricco acarició el cénit con la publicación de su obra *Seda*, en 1996, dejando un deleitoso regusto en el paladar de los lectores. Esa lacónica y exitosa novela —para algunos su mejor relato— pasaría ineludiblemente a formar parte de nuestras estanterías, pero no llegaría a ser sino una más de las que hoy componen su recorrido profesional, logrando un sello personal que trasciende las críticas y los halagos.

*Océano Mar* (1993), *Novecento* (1994), *Sin sangre* (2003), *Mr. Gwyn* (2011). Sus novelas son relatos breves que en ocasiones, se confunden con extensos poemas, irremediabilmente bellos

**2017-2018**



por la originalidad en su estilo. La constante es la elegancia y la exquisitez, y deja entrever un fulgurante cosmos literario, una ventana que deja sólo pasar algunos rayos del sol espléndido que hay al otro lado: la realidad del ser.

Alessandro Baricco se manifiesta, ante todo, como un filósofo. No sólo por portar el título en el bolsillo, sino por gozar de la facilidad de ver a los demás como seres humanos, no habiendo nada en ellos que no ahonde lo suficiente como para dejar herida. Serán precisamente éstas, una congénita melancolía así como las palpitantes cicatrices posteriores, los hilos conductores de todas sus obras. Las crisis existenciales, el pánico a vivir, la dulzura en el amor.... Todo forma parte intrínseca del ser humano y está sometido a un análisis y búsqueda incansables, incandescentes. Más allá de las etiquetas, los escándalos, el fanatismo, más allá hay una esencia ineludible, una forma de ver el mundo, un talante sensible ante la vida.



Su prosa oscila entre lo real y lo onírico, la narración y la poesía, una perfecta imbricación de tono y forma.

*"El mar borra por la noche. La marea esconde. Es como si no hubiera pasado nunca nadie. Es como si no hubiéramos existido nunca. (Océano mar, 1993)"*

Sus detractores, por el contrario, encuentran en este arriesgado planteamiento un cúmulo de líneas inconexas, náufragas, débiles, y un entrecortado ritmo que ralentiza la evolución de la lectura. Se necesita paciencia para leer a Baricco. Paciencia y calma y una percepción global de cada personaje, a fin de ser vistos como una parte más en el turbido envite de las letras.

Lo que resulta inapelable, es su inclinación hacia el lado íntimo de la literatura. Detesta conceder entrevistas y se refugia en la tímida perspectiva salingeriana, pese a haber trabajado en la televisión entre los años 1993 y 1994.

En definitiva, Alessandro ha sido foco y diana de los dardos de admiradores y críticos, descrito como genio y como esclavo de su propio registro, pero lo cierto es que en el infinito libro de la historia de la literatura perdurará la profundidad de su escritura, la capacidad de describir ese paraje inaccesible que se esconde más allá de sus levísimas metáforas.

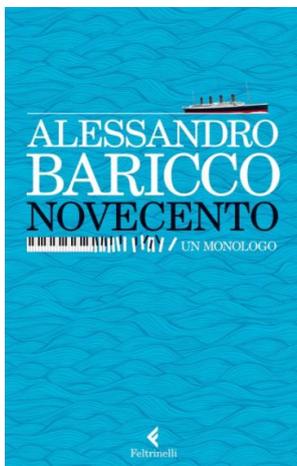
Tengo la certeza de que a propósito del enrevesado y burdo panorama del siglo XXI, a Baricco aún le queda mucho por decir, mucho por crear como una afable amalgama de miedos, emociones y pieles que mudan de personaje en personaje. Estoy segura de que otros muchos comparten mi fe.



## Novecento, la leyenda del pianista en el océano

Cristina Núñez Pereira ([www.criticadelibros.com](http://www.criticadelibros.com))

*Novecento, la leyenda del pianista en el Océano* es un librito que escribió el autor italiano Alessandro Baricco allá por septiembre de 1994. Dice él mismo que lo escribió "para un actor [...] y un director", pero que no sabe "si esto es suficiente para decir que he escrito un texto teatral". Y es que el libro puede ser percibido de las dos formas: como un monólogo teatral, del tipo de *El Contrabajo*, o bien como una novela breve narrada en primera persona, en una suerte de "monólogo exterior", jeje.



Creo que *Novecento* es un ejemplo clarísimo de la necesidad que todos tenemos a veces de amueblar una idea. A veces pensamos de forma abstracta acerca de actitudes, de formas de ser de las personas, de las necesidades que tenemos y las que no... de cómo alcanzar la felicidad... y parece que todas estas ideas, por el mero hecho de estar formuladas en un lenguaje abstracto y lejano del lodazal diario de los teléfonos rotos y los semáforos, no tiene aplicación en la realidad. Ahí es donde entran en juego los barcos, los pianos y los personajes, se llamen Danny Boodmann T.D. Lemon Novecento o se llamen Segismundo. Gracias a ellos los autores recorren el tobogán que va desde lo abstracto a lo concreto para facilitarnos nuevamente la subida a la abstracción. Por eso, a veces, enriquece tanto leer un libro.

*Novecento* narra la historia de un magnífico pianista, Novecento, que fue encontrado en una cajita de cartón a bordo del trasatlántico Virginian. Toda su vida ha transcurrido haciendo en este mismo barco la ruta entre Europa y América y tocando el piano. Novecento se llama en realidad Danny Boodmann TD Lemon Novecento. Lleva el nombre del hombre que lo encontró, el pianista del barco, Danny Boodmann; las iniciales T.D. se corresponden con las palabras Thanks Danny, que estaban escritas en la nota que acompañaba al bebé, donde también aparecía la palabra Lemon. Por fin, Danny Boodmann añade al nombre de la criatura el nombre del año que inauguraba el siglo XX.

Luego el viejo Danny Boodmann murió y Novecento se quedó solo en el barco. Fue entonces cuando comenzó a tocar el piano como si los ángeles hubiesen bajado a guiarle las manos. Y gracias a su capacidad para extraer melodías maravillosas del piano se pudo quedar en el barco. El barco era, en realidad, su tierra firme, puesto que había nacido en el mar y era todo su mundo; incluso la tierra la conocía desde la perspectiva marina, como la conocen las gaviotas, I suppose.

El narrador, un trompetista que tocaba con Novecento nos cuenta con especial viveza el verano de 1931, cuando subió al barco el gran pianista de Jazz Jelly Roll Morton. Se creía el inventor del jazz y cuando conoció la historia de Novecento, quien pese a no haber bajado



## Tertulias Literarias

nunca del barco –o quizás, precisamente por eso- se había convertido en un mito; decidió subir a bordo para conocerle en persona:

”- *Usted es el que inventó el jazz, ¿verdad?*

- *Así es. Y tú eres el que toca sólo si tiene el océano bajo el culo, ¿verdad?*

- *Verdad.*”

Así es como se conocieron. Ni que decir tiene, con una presentación tan típica del Far West, que se retaron a un duelo de música. Y tampoco creo que haya que aclarar quién ganó.

Finalmente, Novecento decide bajar del barco. ¿Por qué? El narrador compara la repentina decisión de Novecento con esos cuadros que se pasan toda la vida colgados de la pared y de repente, zas, se caen. Y es que Novecento quería ver el mar. Baja tres escalones de la escalerilla y al tercero se da la vuelta. Más adelante, el propio Novecento, que aparece en escena, nos explicará por qué no bajó del barco. Y también qué hace al final con seis kilos y medio de dinamita debajo del culo sentado, todavía, en el Virginian.

*Novecento* es una excusa para hablar sobre la música, o más bien, para escribir sobre la música. Parece una apuesta que Baricco ha hecho consigo mismo para ver si es capaz de traducir la música en palabras. Los párrafos que se dedican a describir cómo era la música que tocaba en *Novecento* son un verdadero esfuerzo por hacer que las palabras adquieran nuevos significados, porque la lírica deje paso a algo más, por dejar que el receptor sea capaz de traducir esas palabras en música.



*Novecento* también es una excusa perfecta para hablar del hombre activo y del hombre contemplativo, del hombre inquieto y del refugiado, del errante y del que vive en perpetuo exilio interior. *Novecento* sirve para reflexionar sobre la necesidad de percibir, tocar, oír, saborear y ver las cosas para conocerlas realmente. Novecento no conocía más que un piano rodeado de Océano y sin embargo era capaz de componer y tocar músicas que evocaban las más literarias historias de amor, parecía que aprehendía con sus notas los cielos de París y los suburbios de Buenos Aires, la sencillez de una campesina italiana y la arrogancia de un sombrero de copa inglés.

Y es que *Novecento*, al final, es la historia de los que viven este mundo con los 187 sentidos. Luego hay quien lo expresa a través de la música, como Novecento; a través de las palabras, como Baricco; o a través de la pintura, como Gauguin. Pero lo importante es saber leer el mundo:



*"Sabía escuchar. Y sabía leer. No los libros, eso lo sabe hacer cualquiera, sabía leer al a ente. Los signos que la gente lleva encima: lugares, ruidos, olores, su tierra, su historia...[...]Cada día añadía un pequeño retazo a aquel inmenso mapa que estaba dibujándose en la cabeza, inmenso, el mapa del mundo.[...] Después viajaba por su superficie de maravilla, mientras sus dedos se deslizaban sobre las teclas, acariciando las curvas de un ragtime."*

Probablemente, Baricco no es un inmarcesible, un must. Quizás *Novecento* sea tan lírico que resulte cursi a ratitos, o quiera ser tan lírico que acabe por ser Kitsch; *Novecento* no tiene la prosa fina y delicada de *Seda*, pero tiene una prosa más espontánea, desbaratada, con versos intercalados, cuya delicia quizás resida en eso, en que está escrita para ser hablada como si hubiese sido escrita...

## Alessandro Baricco, un mensajero entre culturas

Entrevista. El autor italiano, que viene de rechazar el ministerio de Cultura, habla en favor de los intelectuales que abren su interés a todos los temas.

Marina Artusa (Clarín)



Que la Bombonera es un lugar tan absurdo como exacto. Que presenciar la quietud de ese campo de juego desolado le provoca una calma febril. Que esa sensación podría compararse con lo que le genera mirar a las personas que ama mientras duermen. Pensamientos como estos se dieron cita en la cabeza de Alessandro Baricco un martes de sol, mientras estaba sentado en una de las tribunas desiertas de la cancha de Boca. Y se decidió a escribirlos.

Los cinco mejores lugares del mundo en los que pensar y tener ideas inteligentes sobre uno mismo y sobre los demás compila cinco postales "bariccas" –de Mumbai, Tánger, Las Vegas, Buenos Aires y Hanoi– que fueron publicadas por la edición italiana de Vanity Fair durante 2013, y que hoy se consiguen online por 7,49 euros.

"Estoy entre los que ven un pedacito del mundo y allí dentro entienden una gran parte del universo –dice él, antes de abandonar su oficina de director de la Holden, la escuela de narración que montó en una ex fábrica de bombas en Turín, para salir a comprar cigarrillos–. Es una suerte de hipertrofia mental con una tal intensidad de percepción que, si voy al supermercado, salgo con tantas cosas en la cabeza que tengo que ir a encerrarme en mi casa."

–¿Baricco va al supermercado?

–Los escritores hacemos vida normal. Tenemos un oficio maravilloso, alcanzamos cierta notoriedad pero no es que tenemos la fama de los rock star o de los futbolistas, y no podemos



## Tertulias Literarias

salir de casa. Salvo algunas excepciones, ninguno de nosotros es rico al punto de mandar a alguien a hacer las compras. Por lo tanto uno va a hacer los mandados, a hablar con la maestra de la escuela de los hijos, a comprarse zapatos. Tal vez al día siguiente nos tomemos un avión y estemos en México hablando delante de cinco mil personas. Pero el mundo te llega, te llega siempre.

–¿Llega para ser transformado?

–No hay reglas. En mis libros no hay nada que sea sólo verdadero ni nada que responda sólo a la fantasía. Me paso la vida mirando y luego eso que vi aparece en mi escritura en una forma extraña. Casi todos los escritores “robamos” de la realidad. Llevo años dedicándome a mirar a la gente, pero luego me doy cuenta de que tal vez tu modo de sonreír aparece en un personaje que no tiene nada que ver con vos. Esas cosas se montan solas. A veces me hacen preguntas puntuales acerca de personajes o de situaciones de mis libros y no sé ni siquiera yo de dónde vienen. Algunas cosas sí las sé, como por ejemplo que *Océano mar* viene de un cuadro o que *Novecento* está dedicado a un jazzista de verdad; pero cuando me preguntan cómo me vino a la mente *Novecento*, no me acuerdo.



¿Se acordará de dónde viene su último libro de ficción, *Tres veces al amanecer*? Sería subestimarle recordarle que es el título de una obra mencionada en *Mr. Gwyn*, la novela precedente. No hace falta. Solito, Baricco destripa el mecanismo que lo inspiró a narrar esos tres encuentros antes del alba entre un hombre y una mujer –siempre ellos mismos– en distintas etapas de sus vidas. “*Tres veces al amanecer* toma algo del libro que lo precedía pero es autónomo. Su estructura es genial. Un sueño que tenemos es el de ver a la gente que nos rodea en una edad que no es la que le conocemos.

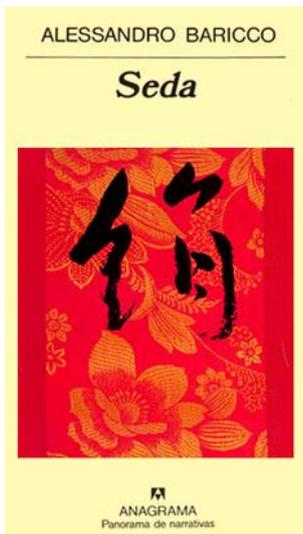
*Tres veces al amanecer* realiza este sueño. Lo quería hacer desde hacía años porque es una cosa que siempre me ha fascinado de la vida. Ahora te encuentro a vos y tengo una cierta percepción tuya. Pero no puedo evitar pensar: “¿Quién sabe cómo era de chica?” O tal vez se me ocurre decir: “¿Cómo será cuando tenga 75 años?” Pienso en mi mamá y en que no la conocí a los 16 y que entonces no puedo entender nada de ella, que hoy tiene 85. En la novela los personajes intercambian las edades. Porque no sólo me hubiera gustado conocerte cuando tenías 15 años sino también cuando yo tenía 15 y vos, 40. O yo 85 y vos 18. Pienso en si conociera a mi mamá, yo con 70 años y ella con 16. Sería fantástico. O intercambiar edad con la gente que hemos amado.

*Tres veces al amanecer* realiza esto. Me gustó mucho escribirlo. Lo hice en tres meses durante los cuales no hice otra cosa. Luego no volví a tocar la computadora por mucho tiempo.

**2017-2018**



Baricco escribe pero también fue director de cine, actor de teatro, musicólogo, fundó una escuela de escritura. Sale mucho en televisión, organiza conferencias en teatros. “No soporto verme en una pantalla. No me va ese exceso de exhibicionismo a pesar de que cuando estoy ahí, sobre el escenario o en el set de televisión, no me doy cuenta y me resulta natural. Pero luego me pregunto: ‘¿Qué hacía yo ahí? ¿Cómo pude hacer eso?’. Cuando escribo eso no sucede. No pienso nunca ‘¿Qué hago acá?’.”



–¿La literatura no alcanza?

–No. La tarea de escribir es solitaria, cansadora, muy larga. Por lo tanto si hacés sólo eso, te volvéis loco. Yo siempre he alternado con otros oficios. He tenido la fortuna, el privilegio de poder hacerlo. Si no, hubiera sido muy infeliz. Porque escribir es un oficio que hace mal. Hace bien pero también hace daño.

–¿En qué sentido hace daño?

–A la larga, pasar veinte años escribiendo libros es pasar mucho tiempo solo, demasiada soledad, mucho cansancio físico. Yo tuve siempre el instinto de hacer alguna otra cosa más. Escribir es la cosa más placentera que he hecho en mi vida pero después de diez días en los que sólo escribo, necesito venir acá, a la escuela. O tres años después de que escribí un libro, realizar una película o un espectáculo teatral es una gran alegría. Me hace volver a tener ganas de escribir. Al final, si vas a Google y me ves por todos lados pensás que soy un loco neurótico. El riesgo está. Eso me ha sucedido.

–Es cierto que si uno pone su nombre en Google la lista de citas y temas sobre los que Baricco ha opinado no esquivó argumento alguno.

–Hablo de tantas cosas que cada tanto digo pavadas. Pero lo que sucede es que, cuando yo era joven, había una cultura muy especializada. Estaba aquel que hablaba sólo de moral, el que hablaba sólo de política en sentido estricto, y así. No había muchos intelectuales que pudieran hablar de un espectro amplio de cosas. El primer modelo fue Umberto Eco, que escribía ensayos de semiología hablando de Woody Allen o de Walt Disney. Para nosotros era un modelo de posibilidad, pero estaba él solo. Yo tuve un profesor que es un filósofo bastante conocido para ustedes los argentinos, que se llama (Gianni) Vattimo, que para explicar a Heidegger o a Nietzsche podía citar a la publicidad. El resto de la cultura era muy especializada. Hoy se demostró que el verdadero aporte a la cultura lo hacen aquellos pensadores que pueden considerar un amplio espectro. A mí me venía en mente enseguida comparar cómo jugaba al tenis McEnroe con el modo en el que Rossini hacía música o con cómo escribía Celine. Me parecía la cosa más interesante del mundo. Lo hice toda la vida.



Como cuando él citó en el Teatro Palladium de Roma, para disertar sobre el gusto, la justicia, el tiempo y la escritura, a cuatro personajes históricos y contemporáneos: Kate Moss, Tucídides, Luis XVI y Marcel Proust. “Escuchar en voz alta la lectura de Proust es como ver a Messi jugar al fútbol. Me limito a leerlo para que la gente comprenda cuán bueno era escribiendo. Como un artesano, desarmo el texto para mostrar su técnica de escritura”, dice Baricco.

–Usted es como un juglar. Hace referencia a los aspectos importantes de la vida a través del relato de una historia. Y sabe que es un buen narrador oral.

–A mí me va bien todo. Para los italianos el juglar es una figura muy particular, que hacía reír mucho. Yo tal vez puedo hacer sonreír, pero no soy un cómico. El juglar era el que mediaba entre la cultura alta y la cultura popular. Era el único que lograba conectarlas. En este sentido, sí, me cae bien el título de juglar. Yo salí en televisión, voy a hablar ante grandes audiencias de cosas que uno no pensaría jamás que se puede hablar. Pero en la base está esta idea de que al final todo es narración. Veinte años atrás esto no estaba muy claro. Cuando abrí esta escuela, que era de narración, los padres de los estudiantes me preguntaban: “¿Pero narración en qué sentido?”. Hoy, narración es todo. La política necesita narración, los museos son narrativos. En los últimos veinte años se comprendió que todo aquello que se mete en forma narrativa es más eficaz. Yo sabía hacerlo, me gustaba hacerlo. En general, si uno me escucha hablar del saber, de la cultura, escucha una historia. Pero siempre se trata del relato de alguien que intenta comprender. Esto facilita que la gente me escuche, inclusive la gente no cultísima. Pero también la gente muy culta, por lo general, me puede escuchar y lo acepta. Desde joven tuve esta intuición: que no existía que uno fuera escritor y, separadamente, estaba el que hacía teatro, el que hacía cine. Que existía un oficio que era el de narrador. Y yo lo quería hacer.



Para reflexionar sobre el oficio de escribir, por ejemplo, Baricco cuenta cómo se topó en una librería con un ejemplar con 60 reglas para el tiro con arco seguido de un apéndice de doce poesías. Lo que más lo conmovió fue el modo sutil en el que se explica cómo ubicar los pies sobre la tierra y mirar al adversario: “‘Gira la cabeza hasta que sientas tirar tres cabellos en la nuca’. Qué forma bellísima de narrar –dice Baricco–. Cuando uno empieza a escribir, siempre lo hace para flechar a alguien. Leemos libros porque nos cambian la vida, porque nos conducen a la verdad. Leemos libros porque aprendemos muchas cosas. Pero escribimos libros con otra idea. Cuando escribimos, lo que hacemos es elegir entre lo más raro que hay en nuestro universo y entre lo más querido que hay en nuestro ánimo. Y lo trabajamos con las



## Tertulias Literarias

manos, con las palabras, con el sonido de las palabras, con la respiración de la historia sólo para expresar el gusto de un maestro.”

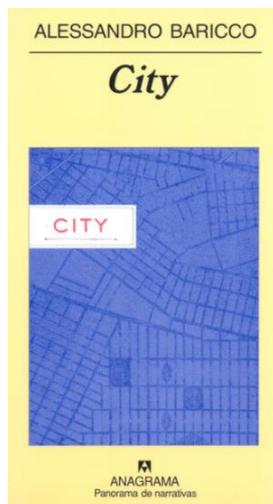
–¿Le da fastidio que todavía se hable de usted como el autor de “*Seda*”, un libro que escribió en 1996?

–Está bien. No me da fastidio.

–¿Por qué esa historia tuvo y tiene tanto éxito?

–Es una historia muy bella. Es una historia de amor que es un género más sencillo que otros. Es un libro breve, escrito con mucho cuidado. Es pequeño pero me llevó mucho tiempo escribirlo. Tiene un lindo final. Y además es lineal. Cuando escribís una historia lineal eso te permite llegar a un público que no es necesariamente lector.

*Seda* es un libro que han leído personas que leen sólo un libro al año, por ejemplo. Cuando uno escribe con una estructura compleja, a ese público no llegás nunca. Y bueno, todas estas cosas juntas hacen que *Seda* sea lo que es. También es un misterio o fruto de los medios que siguen hablando de ese libro. Ya sea *Océano mar* o *Novecento* han vendido más. Seguí pegado a *Seda* pero el libro mío que más ejemplares ha vendido de todos es *Océano mar*.



–Sin embargo ha reconocido que “*City*” es su favorito.

–Porque es el más complejo. En él hay cinco libros. La construcción es genial. Algunas partes son geniales. No he escrito nada mejor. Pero siempre dije que es el libro que yo encuentro más bello desde el punto de vista de cómo lo he escrito. Otra cosa son las historias; la historia más bella que he contado creo que es *Novecento*.

–Ha dicho que no le gusta hablar de sus libros.

–No amo hablar de mis libros. Después de mi primera novela, *Tierras de cristal* (Castelli di rabbia, en italiano), comprendí que cada palabra de más, respecto a las que ya fueron escritas, era inútil.

–¿Existe el método Baricco?

–El único método es no tener reglas.

–Sin embargo, fundó una escuela de narración para enseñar algunas reglas. ¿Qué sentido tiene revelar el secreto de su éxito?



–Para mí es natural. Si sé algo, me sale enseñárselo a alguien. Esta escuela la fundé a los 35, los alumnos tenían 30, casi no había diferencia entre ellos y yo. Me gusta aprender. Es algo que encuentro bello y hasta erótico. Como sabían bien los griegos, la relación maestro-alumno es una relación sustancialmente erótica. Eso no quiere decir que en esta escuela vamos todos a la cama. No es una regla de la escuela. Pero entiendo a los escritores que no quieren enseñar.

En una bella columna publicada en 2011 en el diario La Repubblica, Baricco le enseña a su hijo mayor la idea de libertad. “Encontré tarde a la mujer que me convenció de tener hijos pero por suerte los tuve. Soy padre de dos varones muy divertidos –dirá Baricco algo incómodo por el tinte privado que va adquiriendo la conversación–. Creo que es necesario tener hijos. No sé cómo escribí libros antes de comprender lo que es un padre, un hijo, un nacimiento, una madre. En mis libros no hay madres, no hay padres. Es un poco como el mundo de Walt Disney.”

–Cuando en febrero de este año Matteo Renzi asumió como primer ministro de Italia le ofreció el ministerio de Cultura y usted dijo que no. ¿Por qué?

–Dije que no porque tengo una vida que me gusta y quiero seguir adelante con ella. Lo lamento porque era una gran ocasión de trabajar con un hombre que tiene buenas ideas y era una linda oportunidad de intentar cambiar la parte de Italia que tiene que ver con la educación y la cultura. Pero hubiera tenido que dejar la escuela de narración, hubiera tenido que dejar de escribir libros. Tengo, además, dos hijos con los que me gusta estar, tengo un padre de 85 y no sé por cuánto tiempo podremos andar juntos por ahí. Es una lástima. Pero prefiero seguir con mi vida tal cual está.



## Fontes:

- Culturamas
- Crítica de libros
- Clarín

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(desde 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda  
Avenida Rosalía de Castro 227 A  
15172 – Perillo (Oleiros)  
Tfno.: 981 639 511  
Fax: 981 639 996  
Email: [biblioteca.rialeda@oleiros.org](mailto:biblioteca.rialeda@oleiros.org)  
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>